



ENTREVISTA

BALTASAR MAGRO

Guernica: hora cero

Baltasar Magro recrea en su nueva novela, "La luz del Guernica" (Roca), los veinte días que Pablo Picasso dedicó a la creación de la obra. El escritor, que pone voz al artista e inventa algún episodio aislado, ha trabajado, sin embargo, con el propósito de mantenerse fiel a los hechos reales.

texto **BEGOÑA PIÑA**

foto **ASÍS G. AYERBE**

E milio Mola, uno de los culpables de la mayor tragedia ocurrida en España, viaja en un tren italiano algunos años antes de liderar la sublevación militar que provocó la Guerra Civil. En un vagón del convoy se tropieza con un hombre abstraído, que hace dibujos en un cuaderno. Es Pablo Picasso, un artista en medio de un viaje de descubrimiento de los clásicos. El gusto de ambos por la fotografía propicia una conversación casual y ligera que aparentemente no tiene mayores consecuencias. La escena, pura y absoluta ficción, es una de las escasísimas licencias que se ha permitido Baltasar Magro en su nueva novela, *La luz del Guernica*, una recreación de los veinte días que el pintor dedicó a la creación de la obra. Más atrevida es la invención del personaje de Picasso, a quien el autor pone voz, emociones, sentimientos... que, aunque deducidos de testimonios reales, no dejan de ser características de una criatura nacida para la ficción. “Sé que es un poco osado, pero he intentado ser fiel y, la verdad, es algo que me ha salido casi de una forma espontánea. En el libro, ésta era una recreación inevitable, pero, obviamente, es mi Picasso”, explica Magro, mientras contempla el *Guernica*, el único encargo que el artista completó en toda su vida.

Asaltado por oleadas de visitantes, el cuadro, que se encuentra desde 1992 en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, es, sin duda, una de las grandes pinturas de la historia, lo que ha provocado cientos de teorías y análisis diferentes. Magro ha decidido apostar por la corriente que defiende que Picasso se inspiró en *Los horrores de la guerra*, de Rubens, una obra que, en esta novela, el artista descubre en su viaje a Florencia. Allí, en el Palacio Pitti, el pintor se detiene ante un lienzo barroco que prácticamente pasa inadvertido al resto de turistas. “Me preocupé de comprobar que Picasso pudo ver ese cuadro. En mi investigación descubrí que viajó a Florencia, hay un trabajo en Estados Unidos que lo confirma”, asegura el autor, que reprodujo el mismo recorrido que hizo Picasso entonces, para visitar posteriormente los escenarios de aquellos veinte días, especialmente

el desván en el que se instaló el artista para pintar.

Magro no ha despreciado otras posibles influencias y se interesa de inmediato, cuando surge en la conversación, por la teoría de José Luis Alcaine, destacadísimo director de fotografía del cine español, que asegura que la inspiración de Picasso para el *Guernica* fue la película *Adiós a las armas*, adaptación de la novela de Hemingway que dirigió Frank Borzage y que estaba en los cines de París cuando se gestó la obra. “Hay también otros cuadros mencionados en la novela, yo creo que tomó elementos de diversas obras, como ocurre con cualquier artista”.

¿Por qué el *Guernica*? ¿Por qué Picasso? Magro, un periodista que mudó en novelista hace un decenio, ha centrado su producción de ficción en relatos sustentados en una base real. “Siempre he estado interesado en los grandes personajes y Picasso es uno de ellos. Nunca antes había escrito nada sobre arte y me apetecía hacerlo”, dice, al tiempo que enumera las que, en su opinión, son las cuatro obras fundamentales de la historia: *Las Meninas*, *El entierro del Conde de Orgaz*, *Ronda de Noche* y el *Guernica*. A partir de ahí, “miro si se puede construir un buen relato”.

Fueron veinte días de actividad febril, que Picasso vivió como una situación única, enredado en líos sentimentales con tres mujeres –su esposa Olga Koklova, la joven Marie-Thérèse y la fotógrafa Dora Maar– y trabajando en público. “Es muy interesante que fuera un cuadro público. No tuvo más remedio que hacerlo con las puertas abiertas y eso me daba elementos adecuados para contar una historia interesante”. Le proporcionaba al autor una atractiva galería de personajes de los que han quedado muchos escritos y evidencias, y que le han dejado la sensación de haberlos explotado poco: “Es una pena, pero hubieran desdibujado al personaje central”.

Un cuadro inteligible

“El *Guernica* es una obra que atrapa por su sencillez narrativa y por las formas”, asegura Magro mirando directamente el cuadro. “Aquí, ahora, toda esta gente se está haciendo pregun-

tas sobre la pintura, pero al mismo tiempo están atrapados. Se preguntan ‘¿qué es el toro?’, ‘¿qué es el caballo?’, pero no pueden dejar de mirarlo, tiene una magia especial. Además, es un cuadro que tiene sonido y eso conmueve. No hay aviones, no hay bombas; hay misterio y eso atrae... y

Se trata de la única obra en la que Picasso desea ser entendido.

su sencillez cromática. Es único y ese es su poder. Todo el bagaje artístico de Picasso está desarrollado en esta pintura. El ave, la flor en el muerto, el quinqué, el ojo con la bombilla... son símbolos difíciles de entender”. Símbolos que Picasso, sin embargo, no colocó en este lienzo para provocar preguntas. De hecho, seguramente nunca antes le había importado tanto que el resto del mundo entendiera su obra. “Aquí sí le importaba, sabía que el cuadro iba a ir al pabellón de España de la Exposición Universal y quería decirle a la gente cosas”.

A pesar de la estimulante conversación con Magro y de lo tentadoras que resultan las incógnitas a las que se refiere, a pesar de la poderosa presencia del *Guernica* a tan solo unos metros, la partida se pierde con el envite despreocupado, inocente e involuntario, de un grupo que acaba de colocarse en primera línea ante la pintura. Son unos visitantes más en esta jornada de puertas abiertas del Reina Sofía. Tienen 3 años, están sentados en fila ante la colosal obra y señalan con el dedo el lienzo. Pequeños chillidos de asombro se suceden cuando alguno de ellos apunta hacia algún nuevo descubrimiento –“eso es un dragón”, “y eso, un calvo”–. Y su percepción, cuando la profesora les pregunta qué es lo que hay en la pintura, es tan honesta y lúcida, tan íntegra –“Se están peleando, ¿no lo ve, señorita?”–, que las dudas de Picasso, su inquietud por saber si todo lo que quería expresar llegaría al público, se hubieran evaporado sin dejar rastro. ■



La luz del Guernica
Baltasar Magro
Roca
288 págs. 18 €.